

UNA APROXIMACIÓN A LA GUERRILLA URBANA: EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL TUPAMAROS (MLN-T)

AN APPROACH TO THE URBAN WAREFARE: THE NATIONAL LIBERATION MOVEMENT TUPAMAROS (MLN-T)

Renato Dinamarca Opazo*

RESUMEN:

El presente trabajo indaga en una de las organizaciones político militares más importantes del continente Americano en las décadas de 1960 y 1970, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MNL-T) uruguayo. El objetivo del trabajo es evaluar una experiencia de la denominada izquierda rupturista en América latina, revisando, a través de fuentes primarias y secundarias, sus principales postulados en torno a la guerrilla urbana y su funcionamiento interno.

Esto nos aproxima a comprender de alguna manera, el contexto en el que se gestaron dictaduras militares y se llevaron a cabo por parte de estas, terribles violaciones a los derechos humanos.

Palabras clave: Insurgencia Latinoamericana - Guerrilla Urbana - Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros.

ABSTRACT:

The following article explores one of the most important political-military organizations of the Americas in the 1960s and 1970s, the Tupamaros National Liberation Movement (MNL-T) Uruguayan. The objective of this study is to evaluate the experience of the so-called ground-breaking left wing in Latin America, going through primary and secondary sources, its main hypothesis about urban warfare and its inner functioning. This makes us understand somehow, the context in which military dictatorships were developed and carried out by these, terrible human rights violations.

Keywords: American insurgency - Urban Guerrilla - Tupamaros National Liberation Movement.

Recibido: 15 de septiembre de 2012

Aprobado: 3 de diciembre de 2012

* Estudiante de Licenciatura en Historia en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile.
Correo electrónico: re_dinamarca@hotmail.com

I. INTRODUCCIÓN

La Izquierda Latinoamericana ha tenido diferentes momentos que la caracterizan durante el siglo XX. Durante el periodo de Guerra Fría, la izquierda menos ortodoxa, más cercana a la identidad latinoamericana, luego de alcanzar su mayor triunfo, La Revolución Cubana, se expresó de manera rupturista, planteando que era necesario el desarrollo de la lucha armada contra el Imperialismo y las Oligarquías locales para conseguir la transición a la sociedad socialista. La teoría revolucionaria que derivó de la experiencia cubana, fue la Teoría del Foco guerrillero, la cual postulaba que las posibilidades de éxito de la lucha armada radicaba en la creación de aparatos armados, no de partidos de vanguardia como lo postulaba la teoría clásica leninista, que fuera de la ciudad, crearan las condiciones necesarias para llevar a cabo la toma revolucionaria del poder. Así, diversos estudios en torno a la insurgencia latinoamericana, han planteado que los movimientos armados de la década del 1960, hasta mediados de la década de 1970, alcanzaron su mayor desarrollo en la experiencia de Guerrilla Urbana uruguaya, con el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) (Finch, 1998); (Guillen y Hodges, 1977). Si creemos que este postulado es cierto, a mi juicio, resulta relevante el estudio de esta experiencia para analizar y evaluar en qué elementos se expresa este desarrollo.

La Guerrilla Latinoamericana, luego del impulso dado por la Revolución Cubana, tendió a imitar dicha experiencia, intentando desarrollar guerrillas en el ámbito rural, que de acuerdo a los postulados de la Teoría del Foco, debían llevar a la toma del poder de los movimientos revolucionarios. Sin embargo, luego de una primera etapa de grandes derrotas en diversos países del continente, siendo tal vez la de mayor impacto la de la guerrilla liderada por el revolucionario cubano Ernesto Guevara, los movimientos vivieron un periodo de autocrítica y, sin dejar de lado la idea de que era necesaria la lucha armada para alcanzar la victoria ante el Imperialismo y la Oligarquía, comenzaron a desarrollar la idea de que era el ámbito urbano el más propicio para la victoria de la guerrilla. Los revolucionarios pensaron que se hacía necesario ligar la actividad armada con las luchas de masas, de adecuarse a los contextos y particularidades locales.

Para efectos de la investigación presente creemos necesario cruzar estos elementos con la realidad social uruguaya. En este sentido creemos que se hace necesario preguntarnos, en el marco de la insurgencia latinoamericana ¿Qué elementos hacen particular y notorio al Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros entre los años 1962 y 1972 en Montevideo, Uruguay? Al contestar esta pregunta, nos proponemos como objetivo general evaluar una experiencia de la izquierda rupturista latinoamericana, que implemento la estrategia de La Guerrilla Urbana en Uruguay. Como objetivos específicos buscamos, en primer lugar, describir la trayectoria del MLN-T durante estos años, mediante publicaciones historiográficas que los referencian. En segundo lugar analizar elementos estratégicos-tácticos del programa del MLN-T, mediante los documentos internos elaborados entre 1962-1972. En tercer lugar, analizar su funcionamiento interno, mediante sus documentos internos y publi-

caciones historiográficas.

En este sentido podemos plantear como hipótesis que un primer elemento que hace particular a este movimiento, es su accionar urbano, en un contexto en que la mayoría de los grupos armados de izquierda, con poquísimas excepciones, toman el camino de la guerrilla rural, ligada en alguna medida, con las ideas foquistas. En segundo lugar, podemos decir que un importante elemento que le da notoriedad, es el éxito del movimiento de Guerrilla Urbana MLN-T, por lo menos en una primera fase de su estrategia, en estrecha ligazón con el movimiento social urbano, especialmente los trabajadores. En este sentido, el MNL-T sigue la máxima planteada por el teórico de la Guerrilla Urbana Abraham Guillen de que la acción armada “está en función de la política de ganar población para merecer la victoria” (Guillen y Hodges, 1977). En síntesis, podemos plantear como hipótesis, que la particularidad, y la notoriedad del MNL-T consistió en el desarrollo de una Guerrilla Urbana con relativo éxito, en sus primeras fases de desarrollo. Resulta también interesante preguntarnos sobre las razones de su derrota, que en parte, podría estar ligado a los cambios en su política, motivados por cambios generacionales e ideológicos, lo que eventualmente podrían haberlos alejado de la capacidad de capitalizar los logros alcanzados en la primera etapa de su desarrollo.

Esta investigación se realiza con la intención de enriquecer el estudio de la izquierda rupturista latinoamericana, buscando aportar en torno a las ideas y prácticas de esta izquierda, en el periodo previo a las dictaduras militares en América Latina, en el cual alcanzó su máximo desarrollo.

II. LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA Y LA GUERRA DE GUERRILLAS

En torno a los estudios de la Izquierda Latinoamericana abordaremos dos definiciones distintas. Por un lado, encontramos a Jorge Castañeda (Castañeda, 1993) quien plantea en términos descriptivos que hay cinco fechas relevantes para esta izquierda:

la primera fecha, y con mucho la más importante, es la del triunfo de La Revolución Cubana y la entrada de Fidel Castro a La Habana el 8 de enero de 1959. La segunda comprende una fase de seis años delineada por las muertes de dos mártires de la izquierda: el Che Guevara en Bolivia, el 8 de octubre de 1967 y Salvador Allende, en Santiago de Chile, el 11 de septiembre de 1973. El siguiente hito fue la victoria de La Revolución Nicaragüense el 19 de julio de 1979. Y el viraje final corresponde a la derrota electoral de aquellos mismos sandinistas en 25 de febrero de 1990, cuando por primera vez en la historia de la izquierda latinoamericana, un régimen suyo fue defenestrado democráticamente del poder. (Castañeda, 1993, p.22).

En segundo lugar tomamos la definición de izquierda latinoamericana de Alan Ángel (1997), la cual plantea que no ha existido, ni ayer ni hoy, una izquierda unida en América Latina. Su origen, a diferencia de Castañeda, es ubicada en la creación de los diferentes partidos comunistas de la región, los cuales están vinculados estrechamente con la Revolución Rusa liderada por los bolcheviques. Según Ángel también surge en el continente una versión comunista local, autóctona y revolucionaria de la mano de José Carlos Mariátegui, quien difería del marxismo ortodoxo de los partidos comunistas y socialistas. Esta izquierda, según Ángel, “tuvo su expresión política más poderosa en la Revolución Cubana y, más adelante, en la Revolución Nicaragüense” (Ángel, 1997, p. 74). Si bien ambas definiciones de izquierda, pueden llegar a generar cortocircuitos, las podemos usar como una definición amplia de la izquierda latinoamericana. Si bien no coinciden en elementos como la ubicación del origen de la izquierda, creemos que, por una parte, la descripción temporal de Castañeda, resulta pertinente para el trabajo a realizar, mientras que la definición de Ángel, por otra parte, proporciona una definición que toma elementos tan relevantes como son la ideología y los medios de acción de las izquierdas.

Podemos complementar estas definiciones generales, con el aporte de historiadores nacionales como Julio Pinto (Pinto, 2005) e Igor Goicovic (Goicovic, 2005), quienes han hecho un esfuerzo tanto por caracterizar las diferencias de las izquierdas, el primero, como en enriquecer el conocimiento de la insurgencia latinoamericana, el segundo.

En este sentido, podemos decir que la izquierda latinoamericana se diferenció claramente en una izquierda “gradualista” y otra izquierda denominada “rupturista”¹. Ambas concordaban en una serie de elementos. En primer lugar, la necesidad de hacer la revolución, en su carácter socialista, y que esta era la única forma de superar el subdesarrollo de la región, causado por el imperialismo. En segundo lugar, que esta revolución era la única capaz de terminar con las injusticias dentro de la nación, las que se asociaban en gran medida, a la sociedad dominada por la oligarquía, aliada del imperialismo. Por último, compartían la idea de que no solo las estructuras sociales debían cambiar, sino que también la subjetividad, para lo cual la categoría de “hombre nuevo” creada por Ernesto Guevara era el horizonte que todo revolucionario debía seguir. Sin embargo, la relevancia del texto de Pinto, es la clasificación de sus diferencias, a través de lo que llamó “ejes problemáticos”, que consisten básicamente, en diferencias en cuanto como realizar sus fines, logrando una caracterización de cada una.

El primer eje tiene que ver con las condiciones objetivas que existían en la realidad para la realización de la revolución. La “izquierda gradualista”, creía factible utilizar los marcos que la institucionalidad democrática ponía a disposición, lo que

1 Es necesario hacer algunas salvedades al respecto de estas categorías. En primer lugar, decir que las categorías de gradualistas y rupturistas son tomadas por Julio Pinto de la obra del historiador chilenos Luis Corvalán Marquéz. En segundo lugar, decir que para efectos del presente artículo, dichas categorías nacidas del estudio de la realidad chilena, son homologadas a la realidad latinoamericana.

posibilitaría que “gradualmente” el modelo se acercara al socialismo, sin la necesidad de un enfrentamiento, ni de guerras civiles. Esto se justificaba con el argumento de que la estructura social no era lo suficientemente moderna como para sustentar un modelo socialista. Por esto, era necesaria una revolución democrática burguesa, lo que significaba completar el tránsito al capitalismo mediante la reforma agraria, la industrialización y la recuperación de las riquezas básicas en manos del imperialismo. Para realizar estos objetivos, la “izquierda gradualista”, podía apoyarse además de la clase obrera, en los pobladores y campesinos, pero sobre todo, en clases medias y sectores de la burguesía nacional considerados como progresistas, con la idea de generar un movimiento amplio que incidiera en las elecciones, lo que posibilitaría la llegada al poder, e implementar las reformas propuestas. El gran atractivo de esta propuesta era que la revolución podía realizarse sin derramar sangre.

Por otra parte, para la “izquierda rupturista” era ingenuo plantear una vía pacífica al socialismo. En ese sentido, recuperaban la dimensión militar del marxismo leninismo y su visión de la lucha de clases, según la cual las clases dominantes opondrían tenaz resistencia frente a la revolución. Esto echaba a la borda la idea de alianza con alguna fracción de la burguesía. Es más, la institucionalidad burguesa tendría como objetivo la preservación de la propiedad privada, por lo que esta era profundamente repudiada. Y continuaban con el imperialismo. Para los rupturistas, este era el principal obstáculo en la vía pacífica al socialismo, por lo que se justificaba la lucha armada y la toma violenta del poder. La lucha armada era un elemento al cual no se podía evitar.

El segundo “eje polémico” propuesto por Pinto, hace relación con el marco geográfico en el que debía darse la revolución. Para los “rupturistas” la lucha revolucionaria, dadas las características del imperialismo, solo podía ser continental, elemento del cual dependía la victoria final. En este sentido los rupturistas asumen la continentalidad bajo el alero de la “Organización Latinoamericana de Solidaridad” (OLAS), inaugurada en julio de 1967. Esta conferencia proclamó “el derecho de los pueblos de oponer violencia revolucionaria a la violencia del imperialismo y la reacción” (Pinto, 2005, p.25). Por su parte, el “gradualismo”, sin rechazar el internacionalismo proletario, al optar por la lucha electoral se erigía con un carácter marcadamente nacional, que dejaba lo continental de la lucha en un segundo plano.

Por último, Pinto plantea un tercer eje que se relaciona con “la localización del principal eje conductor de los cambios revolucionarios” (Pinto, 2005, p.28). Los “gradualistas” propusieron una estrategia “institucionalista”, que proporcionaba un alto grado de importancia a la penetración en el aparato estatal, para hacer de este “un instrumento de transformación económica y social” (Pinto, 2005, p.28), rompiendo, dice Pinto, con la lógica que planteaba Lenin, según la cual el Estado Burgués debía ser destruido, para construir un régimen popular. Para los “gradualistas”, como dijimos anteriormente, el Estado serviría para llevar a cabo la revolución “democrática burguesa”. La alianza con los sectores progresistas, según los plantea-

mientos comunistas, debían estar dirigidos por la clase obrera, con apoyo político y de legitimación social de las masa campesinas y de pobladores. Para la concepción “rupturista” el Estado no podría ser empleado para los fines revolucionarios. Más bien el Estado servía a los intereses del imperialismo y la burguesía, manteniendo la explotación. En este sentido, la izquierda rupturista plantea la construcción de un poder dual, es decir, una institucionalidad paralela y antagónica al Estado Burgués, capaz de ejercer poder autónomo en las diferentes esferas sociales que este se desarrollaba. Esto fue lo que se denominó “Poder Popular”.

Por su parte, Goicovic, establece diferentes etapas por las que paso la insurgencia latinoamericana, asociada a la categoría mencionada anteriormente, la “izquierda rupturista”. Goicovic establece cuatro diseños tácticos-estratégicos con los cuales la izquierda latinoamericana, entre las décadas de 1960 y 1970, pretendió alcanzar sus objetivos:

1) El foco guerrillero: esta fue la primera experiencia guerrillera en estas décadas se intenta repetir la estrategia guevarista en el sur del continente. En países como Venezuela, Perú, Bolivia, entre los años 1960-1967, surgen los primeros grupos guerrilleros de América Latina, como las Fuerzas Armadas de Liberación Popular (FALP) en Venezuela, el MIR peruano y el ELN boliviano. Estas experiencias no consideraron, según Goicovic, elementos propios de las formaciones sociales de cada país. En este caso resalta la creciente migración campo ciudad, lo que trajo como consecuencia el fenómeno del despoblamiento de la zona rural y el surgimiento de una creciente masa suburbana. La pérdida de vínculos con el movimiento de masas y la estrategia norteamericana de la Alianza por el Progreso fueron elementos que jugaron en contra de estas experiencias. Por último, los elementos que marcaron la ruina de estas experiencias fueron el fortalecimiento político militar de los ejércitos enemigos tras la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional y la Doctrina Contrainsurgente. Estas guerrillas poseían componentes pequeño burgués en las direcciones lo que fue un estigma histórico de los grupos guerrilleros. La derrota de Guevara en Bolivia marca el fin de esta estrategia.

2) Guerra popular y prolongada en los sectores rurales: este tipo de guerrillas se desarrolla en Colombia (FARC y ELN), Guatemala (URNG), Nicaragua (FSLN) y El Salvador (FMLN). Según Goicovic la Estrategia de Guerra Popular Prolongada (EGPP) en Centroamérica y Colombia, tienen como contexto la fuerte presencia y control de los Estados Unidos en la región, que se expresó en muchos casos, en alianza con dictaduras militares locales y a la oligarquía. Además agrega un elemento en torno a la evolución de estas experiencias, “en esta zona los movimientos guerrilleros surgen como células fragmentarias a comienzos de la década de 1960 y se inscriben en el marco de la teoría del foco, pero desde comienzos de la década de 1970 logran revertir sus planteamientos estratégico-tácticos. El eje de la nueva conceptualización es la Guerra del Pueblo en todas las áreas: política, social, económica y militar, contra el imperialismo y la oligarquía” (Goicovic, 2005, p.5). Por otra parte, en estos movimientos la política de masas pasa a ser un eje fundamental, lo que se expresó en la creación de milicias y grupos políticos en la ciudad.

La propaganda nacional e internacional, pasaron a ser el eje de la retaguardia. Con estos lineamientos se pretendía socavar los cimientos de la dominación, para desencadenar una insurrección general que permitiera llevar a cabo una “ofensiva final”. Este tipo de guerrillas fueron exitosas en Nicaragua en 1979, triunfo que llevó a la EGPP a convertirse en el paradigma de la insurrección latinoamericana en la década de 1980.

3) Guerrilla urbana. Sus principales referentes son el MIR de Chile, MNL uruguayo y PRT argentino. Goicovic plantea que “La estrategia de guerra popular apuntaba a generar condiciones para preparar la insurrección de masas, la cual debía contar con el apoyo de células político-militares especializadas” (Goicovic, 2005, p.6). Estos movimientos buscaron ligarse a “los emergentes movimientos sociales: juveniles, mujeres, indígenas, etc.”.(Goicovic, 2005, p.6) Una característica de estas organizaciones es “disputarle a la izquierda o al sindicalismo tradicional la conducción del movimiento de trabajadores” (Goicovic, 2005a, p.6). También pretendieron insertarse en los ejércitos para lograr desmoralizar a su enemigo. Sin embargo, y a diferencia de las experiencias de Centroamérica y Colombia, la experiencia de estos grupos devino casi exclusivamente en una guerra de aparatos.

El presente trabajo profundizará en la etapa en la cual se desarrolló la Guerrilla Urbana en Uruguay, es decir, desde la mitad de la década de 1960, hasta mediados de la década de 1970. En este sentido resulta relevante acercarnos al contexto histórico uruguayo durante la primera mitad del siglo XX y a la discusión en torno a los espacios en los que se desarrollaría la lucha armada.

III. EL SIGLO XX URUGUAYO, UN ACERCAMIENTO AL CONTEXTO

El historiador chileno Osvaldo Torres plantea que la izquierda rupturista latinoamericana no se puede entender solo por la influencia de la Revolución Cubana. En este sentido, plantea que el nacimiento de las organizaciones político militares en América Latina se puede explicar de mejor manera, sabiendo que estas se encuentran insertas en procesos de modernizaciones en disputa. Estas dinámicas eran “contradictorias, complejas y zigzagueantes, en tanto colocaban a las viejas oligarquías ante una situación de cambios inevitables, a los empresarios en un horizonte crítico respecto de los procesos de industrialización conducidos por el Estado, y a los sectores medios y populares en un complejo de expectativas de bienestar” (Torres, 2012, p.21).

Según Henry Finch, la política uruguaya de la primera mitad del siglo XX se caracterizó por estar vinculada más a liderazgos políticos familiares que a programas políticos de reformas. Estas familias más que resolver problemas del país, repartían entre ellas el botín de Estado. En este sentido, destaca la familia Batlle, quienes fueron partícipes de diversas formas de populismo en Uruguay. La primera de José Batlle y Ordoñez, más liberal aunque no ortodoxo, y la de Luis Batlle, de tinte

mas desarrollista y populista más marcado. De esta manera, en Uruguay nació el batllismo, una ideología o un estilo nacional ligado a la idea de que Uruguay era un país próspero y exitoso sin igual. Esta ideología se había favorecido en gran medida, por coyunturas económicas internacionales favorables.

Luego de un periodo de relativo crecimiento y estabilidad económica de mano del desarrollismo económico y el modelo de sustitución de importaciones, a mediados de la década de 1950 la economía uruguaya entró en estancamiento por el agotamiento del modelo sustituidor y por la escasa entrada de divisas al país. Esto generó inflación y un importante deterioro en la balanza de pagos. En lo social, los trabajadores se organizaron en contra de esta situación y multiplicaron las huelgas. La influencia del neobatllimo de Luis Batlle se derrumbaba y en 1958 el Partido Colorado, al cual pertenecían los Batlle, pierde el poder frente a los Blancos, quienes estaban vinculados al ámbito rural.

Su gobierno tuvo un marcado carácter nacionalista y se ligó fuertemente a las políticas económicas del Fondo Monetario Internacional (FMI). Las reformas implementadas poco tenían que ver con los problemas reales de la economía uruguaya, que se conectaban directamente con el atraso del sector ganadero y el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones. Si bien, esta política del FMI no produjo la recesión característica que estas provocan, sí promovió el descontento popular y la radicalización de quienes “se oponían a las formas tradicionales de autoridad política” (Finch, 1998, p.169). Es en este contexto se produce el nacimiento del MLN-T. Para Torres, el nacimiento de la izquierda rupturista “es el resultado de un periodo fermental y de la incapacidad de los propios partidos tradicionales, y cuyo propósito fue resolver a favor de las clases dominadas la crisis de la sociedad” (Torres, 2012, 27). En este contexto, según José Pedro Cabrera, el MLN-T no solo hizo suyas las ideas socialistas, sino que se vinculó también con la historia nacional uruguaya, especialmente con las revoluciones liberales, las que “en nombre del pueblo” eran un “ejemplo directo de rebeldía contra la opresión” (Cabrera, 2009, p. 161). Esta construcción ideológica veía en la historia uruguaya un proyecto inconcluso de cambio social, en el cual estaban pendientes elementos como el autogobierno, las libertades civiles o la justicia social en lo rural.

A pesar del agotamiento del sistema político uruguayo, no existía descontento social generalizado. El sistema de partidos aun tenía una relativa estabilidad, aunque el prestigio de los partidos políticos iba en descenso. A juicio de Finch, en las décadas de 1950 y 1960 habían muerto importantes líderes políticos, como Luis Batlle, los que podrían haber canalizado el descontento, descomprimir la situación para evitar un quiebre. Este vacío permitió el surgimiento de un nuevo caudillo, de tinte conservador, Oscar Gestido, quien luego de llegar a la presidencia, muere y es sucedido por Jorge Pacheco en diciembre de 1967. Así, “los cuatro años siguientes bajo la presidencia de Pacheco fueron un periodo de intensos conflictos sociales y de encono sin precedentes, un periodo que cabe considerar como la señal de que el tradicional Uruguay Batllista tocaba a su fin” (Finch, 1998, p. 171). Es este el marco general, en el que se desarrolló la historia del MLN-T.

IV. GUERRA DE GUERRILLAS. FOQUISMO O GUERRILLA URBANA

El concepto Guerrilla, según lo plantea Ernesto Guevara (1959), surge en la lucha del pueblo español contra la invasión napoleónica a comienzos del siglo XIX. Durante el siglo XX el movimiento socialista debatió en torno a esta forma de lucha, debate que estaba cargado de ideología política, por lo que resulta difícil delimitar hasta qué punto, las justificaciones de los teóricos apuntan a elementos técnicos militares, a una definición constructiva, y hasta qué punto sus argumentos intentaron anular políticamente a quien planteaba una estrategia diferente. Esto es relevante si pensamos que todos los que debatían en torno a la forma de la guerrilla buscaban fines similares, es decir, la sociedad socialista.

Durante las décadas de 1960-1970, momento de auge de la lucha armada en América Latina, este debate también estuvo presente, y se expresó en la defensa de la Teoría del Foco o en la defensa de la Guerrilla Urbana.

La Teoría del Foco es desarrollada por los principales guerrilleros revolucionarios de la Revolución Cubana de 1959. Así su modelo, bajo el auspicio de su triunfo, fue el más difundido en América latina. Podemos encontrar sus orígenes en las tesis de Mao Tse-Tung en torno a la posibilidad de los campesinos en la revolución socialista. Este tipo de guerrillas es, por lo tanto, eminentemente rural, y propone una serie de reglas necesarias para el triunfo revolucionario. Este triunfo se relaciona necesariamente con “la creación de una fuerza móvil estratégica (en lo rural), núcleo del ejército popular (campesino), y del futuro del estado socialista” (Debray, 1967). En este sentido “la fuerza móvil estratégica” es clandestina y debe ser capaz de resistir una primera etapa de asentamiento, debe crear las condiciones para la crisis del régimen, acumulando fuerzas y su objetivo final es la destrucción del enemigo. El “ejército popular”, es creado por la fuerza móvil con hombres dispuestos en los pueblos campesinos a los que la guerrilla tiene acceso. Su principal objetivo es apoyar la ofensiva final de la guerrilla en contra del régimen. Por último, la fuerza móvil o el núcleo de la guerrilla, reemplaza al partido político, elemento principal en el modelo de toma del poder por medio de una insurrección leninista. Bajo el modelo foquista es el núcleo guerrillero quien realiza la toma del poder. Este reemplazo del partido, es fundamentado por necesidades militares.

La Guerrilla Urbana es una teoría desarrollada, principalmente por dos corrientes políticas. La primera es anarquista, representada por teórico libertario español Abraham Guillen. La segunda es marxista leninista y es desarrollada por el marxista brasileño Carlos Marighela.

Tal como es entendida por Guillen (Guillen y Hodges, 1977) la guerrilla debe ser necesariamente urbana. En este sentido, la guerrilla, un grupo pequeño de combatientes, es entendido como el brazo armado del pueblo, que no busca, como plantea Guillen que el foquismo hace, enfrentar aparatos armados, sino que busca acompañar al pueblo en sus luchas, entendiendo sus principales victorias, como vic-

torias políticas, no militares. En la medida que estas victorias políticas se realicen, las Guerrillas Urbanas debían poseer una red de apoyo cada vez más amplia, que quita la base a los partidos reformistas y al sindicalismo burocrático. Esta red se expresaría en mayor cobertura, en disposición de casas, un sostén político amplio, grupos populares paramilitares, etc. Por último, estas guerrillas debían ser capaces de llevar a cabo una ofensiva revolucionaria con una capacidad militar mucho mayor, desplegada en la ciudad de forma estratégica, que lograra la derrota de la represión y el ejército. En este sentido, plantea que el fin de toda guerrilla es “la toma del poder a la burguesía y la burocracia, para convertirlo en poder del pueblo, desde abajo para arriba, haciendo de las masas trabajadoras el sujeto activo de la política, entregando a la sociedad sin clases los poderes que tenía el Estado de clase explotadora y opresora” (Guillen y Hodges, 1977, p.33).

Por último, Carlos Marighela (Marighela, 1969) entiende la Guerrilla Urbana como una guerrilla que debe alimentar y permitir a la Guerrilla Rural, que según Marighela, es la verdadera guerra revolucionaria. En ese sentido la Guerrilla Urbana debe ser ofensiva, por que debe distraer a la dictadura, para permitir el desarrollo de la Guerrilla Rural. La Guerrilla Urbana debe en este sentido, desarrollar una actividad de aniquilamiento de las fuerzas armadas y de la policía, además de realizar sabotajes y expropiaciones, con el fin de solventar su sobrevivencia y para financiar la construcción de la Guerrilla Rural. Por último, Marighela señala que la Guerrilla Urbana debe suministrar a los mejores hombres a la Guerrilla Rural.

Guillen plantea que el MLN-T inicio su actuar guerrillero bajo la lógica de su Teoría, pero que progresivamente, se deslizaron hacia la de Marighela, cometiendo una “equivocación política y estratégica” (Guillen y Hodges, 1977, p. 30) al no combatir al ejército con apoyo de la población. Esto sería según Guillen, lo que condicionó su derrota. Así el conocimiento de estas teorías permitirá dar luces en torno a esta organización. No está de más decir, que organizaciones que optaban por el desarrollo de la Guerrilla Urbana, compartieron de todas formas con el foquismo una serie de premisas subjetivas que tienen que ver con el carácter y moral del guerrillero.

Metodológicamente, planteamos indagar en el MNL-T a través de sus documentos internos, y a bibliografía que hace referencia a ellos. Con relación al primer objetivo, la idea es cruzar los diferentes datos entregados por estas fuentes de primer y segundo grado, de manera de construir un relato coherente, con presencia de elementos generales, como son las fases del desarrollo del MLN-T y elementos claves en la historia de la organización, como lo fue la toma de Pando.

En relación con el segundo y tercer objetivo, la idea es construir categorías relacionadas con la teoría de la Guerrilla Urbana, para dar cuenta de las construcciones teóricas propias de esta organización. Estas categorías creadas para cumplir el segundo objetivo son lucha armada, la guerrilla en lo rural y en lo urbano, y la acción entre las masas. En este sentido, debemos decir que un enfoque excesivamente teórico, no nos permitiría apreciar el objeto de estudio, pero que una revisión de

la teoría permite fijar la mirada sobre aspectos relevantes de la organización. Podemos decir que la disponibilidad de documentos internos en la web (Marenales, 1997) son de gran ayuda, pero que estos por si solos no nos pueden dar cuenta de lo que fue el MLN-T, a que contexto correspondían ni quien los escribió. Por esto se hace necesario cruzar los datos entregados por estos con publicaciones históricas, que a base de relatos testimoniales, han logrado realizar una construcción mucho más completa de la organización y de su cultura política.

Para el tercer objetivo, referido al funcionamiento interno del MLN-T, se utilizaron documentos internos y trabajos historiográficos actuales, sin los cuales hubiera sido imposible la visión más amplia de lo estudiado, debido a que las mismas condiciones de la organización, la compartimentación y división de las tareas, buscaba no entregar información relevante a los militantes, por el peligro de que fueran capturados por la represión.

V. UNA BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL TUPAMAROS.

Cuando se referencia al Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros varios autores como Aldrighi (2012) y (Marenales, 1997) mencionan la experiencia conocida como “El Coordinador”, que en 1962 aglutinó a militantes de diversas agrupaciones de izquierda con el fin de establecer una coordinación política y operativa, que dieron vida a una nueva organización clandestina y armada. El objeto de la organización era comenzar experimentar en la lucha armada, sin desatar un enfrentamiento abierto con las fuerzas represivas. Mas bien “impulsarían la combatividad de las luchas de masa con acciones de enfrentamiento radical, obtendrían pertrechos y dinero, opondrían resistencia a las bandas violentas de extrema derecha y adquirirían experiencia para resistir a un eventual golpe de Estado” (Aldrighi, 2012, p.350). Esta organización vivió entre 1963 y 1965, año en que se llevo a cabo la discusión en torno al carácter que debía tomar esta orgánica, imponiéndose la tesis de la organización político militar, frente a la idea de partido político con su aparato armado. Así durante mayo de 1995, con un tercio de los integrantes de El Coordinador, se funda el MLN-T.

La historiadora uruguaya Clara Aldrighi establece cuatro fases en la Historia de la organización uruguaya. La primera, que se inicia en 1965, se caracteriza por el esfuerzo por “pertrechamiento y fogueo de un reducido núcleo de militantes, adiestrados en la vida conspirativa y la acción militar” (Aldrighi, 2012, p.353). La segunda se abre en diciembre de 1966 con la muerte de dos militantes del MLN-T, suceso que pone a prueba al movimiento por el ataque represivo que debe soportar. En esta etapa el MNL-T lleva a cabo operaciones de propaganda armada para despertar simpatía en la población. La tercera fase tiene como punto de partida la toma de la ciudad de Pando en octubre de 1969 y se caracteriza por

la multiplicación de las acciones armadas y su extensión a las zonas del interior del país. Al mismo tiempo se desarrollan trabajos en los sindicatos y otros movimientos legales. Progresivamente el enfrentamiento comenzó a desplazarse desde la lucha contra el Estado, hacia el enfrentamiento con las fuerzas represivas. Por último, la cuarta fase comienza en abril de 1972, con el ataque al escuadrón de la muerte, que tuvo como consecuencia la contraofensiva del Estado y la casi completa desarticulación del MLN-T. Esta fase finaliza en 1975, con el último intento de levantar el movimiento mediante el ingreso de células desde el exterior, lo que se vio frustrado por la represión.

Durante 1965 el MLN-T se dio a conocer mediante un atentado explosivo a la empresa Bayer por que los acusaban de suministrar los gases tóxicos que los Estados Unidos empleaban en Vietnam. En agosto del mismo año, en el norte de Uruguay, un grupo de personas cercanas a Raúl Sendic provocaron un incendio en las plantaciones de caña de azúcar en Bella Unión, lo que fue un acto de sabotaje en apoyo a las luchas obreras de esta región. Aldrighi plantea que en esta primera fase, la organización se mantuvo replegada sobre sí misma, “perfeccionando el aparato, educando política y militarmente a un pequeño núcleo de cuadros, obteniendo infraestructura, adiestrándose en el funcionamiento ilegal” (Aldrighi, 2012, p.353). De esta manera, las acciones que se llevaron a cabo durante esta primera fase, se realizaron con un puñado muy reducido de militantes. En sus primeros años, el MNL-T esperaba la llegada de una crisis política y se preparaban para incidir en ella, no para provocarla. En 1965 ya eran claros los síntomas del deterioro del Uruguay liberal, lo que confirmaba que la espera del MNL-T estaba bien encaminada. Sin embargo, sus capacidades de incidencia eran mínimas. En un simulacro de golpe realizado por ellos, se dieron cuenta que su accionar operativo se limitaba a dar apoyo a un movimiento de huelga general, mediante el sabotaje, pero sin capacidad real para poner en peligro el régimen.

El inicio de la segunda fase ocurrió en diciembre de 1966, durante la preparación de un “operativo de finanzas”, en la cual hubo un enfrentamiento con la policía del cual resultó muerto un militante. Según el ex dirigente del MLN-T Julio Marenales “comenzaron a realizarse detenciones de amigos de ese compañero, entre los cuales lógicamente había integrantes del MLN-T. Su dirección considero que desde el punto de vista de la seguridad era necesario que varios compañeros y compañeras pasaran a la clandestinidad” (Marenales, 1997, p.3). Así entre 22 y 25 personas pasaron a la clandestinidad. Durante los allanamientos murió otro militante, y la infraestructura del MLN-T, que públicamente era considerado solo un grupo, no una organización mas estructurada, fue considerablemente desmantelada.

Para Marenales, este suceso hizo necesario un cambio de enfoque, por lo que se planteó la necesidad de un trabajo político y de un crecimiento interno como la única forma de asegurar el mantenimiento de una infraestructura mínima. Es decir, dejar de lado la forma en que se había actuado durante la primera fase. El dirigente del MNL plantea que durante esta recuperación no se realizaron operaciones, por lo menos hasta que se logró reconstruir la infraestructura. Por otra parte, Aldrighi

plantea que en esta etapa se realizan gran cantidad de acciones de propaganda armada para crear simpatía en la población. Estas se iniciaron probablemente, luego de que Jorge Pacheco asume la presidencia, creando un gobierno denominado como “dictadura disfrazada”. Esta se denominó así porque Pacheco, a partir de junio de 1968, como consecuencia del derrumbe de las instituciones políticas tradicionales de Uruguay que habían logrado el consenso social, gobernó con la constante aplicación de medidas excepcionales de seguridad, que si bien estaban constitucionalmente permitidas, hasta el momento no habían sido utilizadas para lograr el ejercicio normal del poder. Estas permitían la censura de la prensa, la ilegalización de los sindicatos y la persecución de los militantes de izquierda.

Esta nueva forma de gobernar, provocó un cambio en el MLN-T, y motivó la tercera fase de su Historia, que se abre con la toma de la ciudad de Pando en octubre de 1969. Esta acción realizada en conmemoración de la muerte de Ernesto Guevara, tuvo como objetivo “crear condiciones subjetivas” (Gilio, 1970, p.135), en el sentido que buscaba mostrar la viabilidad de la acción revolucionaria, con una acción que buscaba tener repercusiones a nivel continental. Así el MLN-T copó la ciudad, asaltando tres bancos y neutralizando prácticamente a todos los policías de la ciudad.

Según Aldrighi, esta fase se caracterizó por la intensificación de las acciones guerrilleras. Si en 1968 se realizaron cinco acciones de importancia “el secuestro de Pereyra Reverbell, el asalto a la Radio Ariel, dos expropiaciones de explosivos, etc.” (Gilio, 1970, p.135), durante 1969 se sobrepasaron las cuarenta. Además, las acciones se desplazaron al interior del país y se intensificó el trabajo político de masas. Sin embargo, luego de la toma de Pando y del Asalto del cuartel de la Marina, “el movimiento comenzó a deslizarse hacia el enfrentamiento con las fuerzas represivas” (Aldrighi, 2012, 353).

Este deslizamiento puede ser entendido como resultado de una disputa interna del MLN-T, en el cual coexistían dos lineamientos políticos, los cuales a grosso modo, tenían su correlato en las distintas generaciones que pertenecían al MLN-T. Según la historiadora Alondra Peirano (Peirano, 2009, p. 111) estos dos lineamientos eran dos niveles de una misma concepción estratégico-política. El primer nivel era táctico-defensivo, que consistía en “acciones de propaganda armada. Las que nacían de las necesidades de las luchas gremiales y de las reivindicaciones populares y buscaban transmitir y ejecutar el apoyo a las luchas sociales” (Peirano, 2009, p. 111). Según Peirano, un ejemplo de esta línea sería el secuestro del presidente de Usinas y Teléfonos del Estado en agosto de 1968, el que estuvo motivado por su negativa a negociar con los trabajadores de la empresa. El segundo nivel era estratégico-ofensivo y “se reflejaba en lo que era el doble poder y en la idea de que era necesario agudizar las contradicciones para así desenmascarar el carácter represivo de los de arriba” (Peirano, 2009, p. 111). La detención de la dirección histórica del MLN-T y el aumento de la influencia de los cuadros intermedios, en su mayoría de extracción universitaria y de tendencia militarista, quienes en ausencia de la dirección histórica formaron una nueva (Cabrera, 2007, p.168), condicionó que el segundo nivel se impusiera en la siguiente fase de la organización.

La cuarta y última fase comienza en abril de 1972, con el ataque al escuadrón de la muerte y la contraofensiva del Estado, caracterizado por el acceso a la información mediante la tortura generalizada a los militantes del MLN-T, que luego de la toma de Pando, en el contexto de crecimiento acelerado de la organización, no habían recibido la necesaria formación en la cuestión de la compartimentación que exigía “no querer saber más de lo necesario” (Marenales, 1997, p.5), lo cual costó caro. Como antecedente de esta fase, es necesario plantear que si bien el MLN-T era crítico de la izquierda gradualista, en 1970 hace público un documento en que expresa su “apoyo crítico” a la diversa coalición política denominada “Frente Amplio”, ya que lo consideraban un importante referente de unidad. Producto de esta adhesión, el MLN-T habría bajado la intensidad de sus acciones, las que habría retomado en 1972, luego de que fue elegido como presidente Juan Bordaberry, de tendencia ruralista que tuvo la intención de continuar por la senda del régimen anterior. En esos momentos, la represión consiguió prácticamente la desmovilización total del MLN-T que más tarde, no pudo volver a re articularse, a pesar de los esfuerzos realizados, del que destaca el último en 1975. Esta desarticulación impidió que una vez producido el golpe de Estado, el MLN-T apoyara de manera activa a la huelga general convocada por la Central Nacional de Trabajadores en oposición al golpe de Estado del 27 de junio de 1973, considerada como “la respuesta más masiva del movimiento popular y la sociedad uruguaya en el siglo XX por la defensa de sus derechos civiles y políticos” (Torres, 2012, 157).

VI. LINEAMIENTOS ESTRATÉGICO-TÁCTICOS EN EL PROGRAMA DEL MLN-T

1. La lucha armada por el socialismo

El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T), fue una organización político-militar revolucionaria que planteaba que la vía de las armas era la única posibilidad de lograr la liberación nacional y de alcanzar un cambio revolucionario de carácter socialista. Esta premisa se había hecho común en América Latina luego del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Durante las décadas siguientes, era común pensar que la violencia era una vía conducente para el cambio social. Sin embargo, la lucha armada en el MLN-T tenía la particularidad de ser desarrollada en el ámbito urbano.

En 1967 el MLN-T pensaba que en Uruguay existían condiciones objetivas para la acción revolucionaria. Esta idea estaba anclada en el diagnóstico que el MLN-T realizaba de la realidad nacional. En este sentido, ellos hablaron de una profunda crisis económica, caracterizada por el estancamiento productivo, por la deuda externa, la devaluación y la inflación, elementos que derivaban de la dependencia y presión del imperialismo. También planteaban que existía una crisis social. Esta

estaba motivada por altos niveles de desocupación, por el aumento de los costos de la vida, el descenso del salario real, del nivel de vida, el empleo informal y la agudización de tensiones sociales, lo que provocaba lo que ellos llamaron “radicalización espontánea” (Marenales, 1997, p. 17). Además, pensaron que Uruguay se encontraba en una crisis política, derivada de “la incapacidad de las clases dominantes para dar una solución a la crisis, la incapacidad de los partidos políticos de la oligarquía para gobernar el país y por la división, crisis internas y corrupción en ascenso de los partidos políticos de la oligarquía” (Marenales, 1997, p. 17). En su diagnóstico contemplaron que la crisis era un elemento que los beneficiaría, ya que el descontento popular y la sindicalización irían en aumento.

Por otro lado, el MLN-T tenía claridad de que no existían condiciones subjetivas para el desarrollo de la lucha armada. En ese sentido, tal como lo plantea el marxismo, creyeron que se ocultaba “la explotación, la violencia y la dictadura de clases detrás de formas legales constitucionales” (Marenales, 1997, p.17), lo que contribuía a “impedir la toma de conciencia revolucionaria a grandes sectores del pueblo” (Marenales, 1997, p.17). La crisis era fundamental para romper este círculo vicioso, ruptura que no se llevaría a cabo sin una importante cuota de violencia, para la cual el pueblo debía estar preparado. En este sentido el triunfo de Óscar Gestido en 1967 había frenado el descontento popular.

Otro elemento que parece relevante es su concepción del ejército. Ellos plantearon que era un cuerpo con pocas intervenciones en la política, y que se caracterizaba por su civilismo. Además, pensaron que los aparatos represivos eran relativamente débiles, y que su organización estaba destinada para el desarrollo de una guerra clásica, no para la guerra de guerrillas. Por último, plantean que por la inexistencia de Servicio Militar Obligatorio, estas fuerzas no tenían disponibles reservas para una eventual movilización. Esto demostraba ignorancia en torno a la influencia de la Doctrina de Seguridad Nacional de los Estados Unidos en los ejércitos latinoamericanos.

El MLN-T pensó que para realizar la revolución, en años y no en siglos, era necesaria la lucha armada, porque la oligarquía no estaría dispuesta a la realización de “las verdaderas soluciones” que Uruguay necesitaba. De esta forma, la lucha armada no solo era posible, sino que era imprescindible, era “la única forma de hacer la revolución” (Marenales, 1997, p.17). Por lo tanto, todas las luchas del pueblo debían supeditarse a la lucha armada

La primera concepción de guerrilla del MNL-T ponía énfasis en el vínculo con el mundo popular y a los trabajadores. En 1967 plantearon que “es imposible el desarrollo de una organización revolucionaria que sea puramente militar, que no se conecte a través de todos los mecanismos posibles con el pueblo, que no lo movilice, que no actúe en su interés, en su defensa, estrechamente ligada a él” (Marenales, 1997, p. 23). Así pensaron que los guerrilleros debían lograr moverse como “un pez en agua” por la ciudad, y el apoyo social sería “el agua territorial” (Marenales, 1997, p.23) por la que el guerrillero nadaría.

Por otro lado, disputándole la hegemonía a la izquierda gradualista, planteaban lo infructífero que resultaba la construcción de organizaciones puramente políticas, porque habían “necesidades elementales (que) obligan a un movimiento revolucionario que sea consecuente, a resolver problemas técnico-militares que le permiten acompañar y llevar la lucha de clases a niveles superiores” (Marenales, 1997, p.23). En ese sentido, planteaban que era irresponsable que un movimiento se planteara la toma del poder sin la preparación necesaria para aquello, lo que tildaban de aventurero.

Para el MLN-T la política y lo militar no podían ser elementos contrapuestos, y sus diferencias se derivaban exclusivamente de las necesidades de la división del trabajo. Para ellos la política no podía ser contradictoria con la estrategia militar y viceversa. Además, todos los cuadros del MLN-T debían ser cuadros políticos y militares. Si bien, no se concebían aun como aun como el partido de la revolución, creían que su condición minoritaria no debía impedir el desarrollo de la lucha armada. Está posibilitaba que en un futuro no lejano se transformaran en el partido que posibilitaría la toma del poder. Así, el MLN-T consideraba que el trabajo político numero uno era el trabajo insurreccional, la construcción del aparato militar, pero que a la vez, era necesario “fortificar los sindicatos, radicalizar sus luchas y conectarlas con el movimiento revolucionario” (Marenales, 1997, p.19).

La lucha militar que ellos planteaban fue denominada como “Guerra Prolongada”, concepción que sostenía que no había posibilidades de una insurrección victoriosa, debido a que el Estado no había recibido ninguna derrota militar y porque el pueblo no estaba preparado aun para la toma del poder. Además, no estaban en presencia de una coyuntura revolucionaria que permitiera una lucha abierta entre el Estado y la guerrilla. De todas maneras, ellos plantearon que la lucha se desarrollaría en fases, que eran solo trazos generales y no necesariamente formas que el desarrollo histórico tomaría. En primer lugar identificaron como tarea principal el desarrollo del aparato armado, la creación de una infraestructura de apoyo, la capacitación y la experimentación de la organización en combate y desarrollo de servicios fundamentales. Esta primera fase, implicaba el desarrollo de acciones de abastecimiento, de ejercitación y en especial de propaganda, que tenían como objetivos “ganar población” y acompañar, apoyar y radicalizar la lucha de clases, es decir, crear condiciones subjetivas para la creación de un movimiento político que rodeara al aparato armado. La segunda fase se caracterizaría por la generalización de la represión, por lo que el aparato debía pasar al enfrentamiento directo con los organismos represivos. En esta fase, el movimiento debía profundizar sus consignas y defensa a los intereses del pueblo, actuando en permanente defensiva estratégica, pero con ofensiva táctica, para realizar una guerra de desgaste. La tercera fase correspondía a una inversión de la relación de fuerzas y el paso a la ofensiva estratégica, la toma definitiva del poder.

Esta concepción defensiva comenzó a variar en 1969, cuando en vista de los ataques represivos del gobierno de Pacheco, los miembros del MLN-T piensan que es necesario iniciar una fase ofensiva, planteamiento que precede a la ocupación de

la ciudad de Pando en octubre de 1969. Un factor que motivo el giro fue la ilegalización de los sindicatos, lo que limitaba en buena medida la acción defensiva. Este diagnóstico motivo una modificación en el funcionamiento interno del MLN-T, la que se conoce como “la descentralización de las columnas”. Lamentablemente, no se encuentran disponibles documentos referidos a los periodos posteriores del MLN-T, especialmente en lo que fue su momento más ofensivo con las fuerzas represivas, que comienza en abril de 1972 y que concluye en 1975 luego de un intento frustrado de reconstrucción del MLN-T con cuadros internados desde el exterior. Este periodo marca un quiebre definitivo con la intención de acumular fuerzas para luego dar paso a la toma de poder. Así, desde 1972 se plantean a sí mismos como una fuerza revolucionaria en guerra, sin tener en cuenta, según la historiadora uruguaya Clara Aldrighi (Aldrighi, 2012, p.358), aspectos importantes de la realidad, como las capacidades de destrucción total del ejército enemigo.

Por último, para el MLN-T la lucha por la revolución socialista debía realizarse por medio de una estrategia continental desarrollada por las organizaciones revolucionarias latinoamericanas. Así plantearon una complementariedad de las luchas nacionales con las internacionales, la necesidad de coordinarlas y conectarlas. Si la represión y la contrarrevolución se continentalizaban, el MLN-T pensó que “la revolución no debe detenerse en las fronteras nacionales” (Marenales, 1997, p.15).

De esta manera América Latina es concebida como una gran patria, que debía actuar unida en contra del imperialismo. Solo la derrota continental de este implicaría una derrota definitiva. Por este motivo, no era posible pensar la liberación nacional mediante estrategias nacionales, alejados del resto de América Latina.

El MLN-T planteaba así en 1967 que estaban dispuestos a realizar todos los esfuerzos necesarios para conectar su estrategia nacional en el marco de una estrategia continental común. Esta concepción de la lucha dio origen en Chile, durante febrero de 1973, a la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) (Goicovic, 2005b); (Marchesi, 2008), instancia que agrupó a miembros del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina, miembros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile y algunos miembros, no representativos del conjunto de la organización, del MLN-T de Uruguay.

2. La guerrilla: la ciudad y el campo

Según el MLN-T, Uruguay carecía de condiciones para establecer una guerrilla rural, pero esto no debía ser un elemento que imposibilitara la lucha armada. Esta no se vería impedida, y a través de ella se podía conseguir el apoyo mayoritario de la población. Para el MLN-T era “posible encontrar refugio en la ciudad, y hasta verdaderas zonas de refugio en lugares de escasa vigilancia policial” (Marenales, 1997, p. 20).

La idea era operar por medio de unidades pequeñas, que pudieran aprovechar

las ventajas de la ciudad en relación con las condiciones de comunicación y los enlaces. Para la concepción de guerrilla urbana, la principal desventaja del ejército regular era su inmovilización, su defensa estática, ya que más de la mitad de los efectivos estaban en tareas de custodia y defensa de objetivos fijos. Esta apreciación, como dije anteriormente, desconocía las variantes que la Escuela de las Américas introdujo a los ejércitos latinoamericanos para la lucha anti subversiva.

Por otra parte, en la ciudad no se sufrían los problemas de abastecimiento y logística que comúnmente sufrían las guerrillas rurales debido a su aislamiento en zonas de difícil acceso. El MLN-T planteaba que el guerrillero urbano hacía una vida normal durante el día y peleaba durante la noche. Esta idea no debe tomarse de manera explícita, sino que como metáfora. Un ejemplo de cómo actuaba un guerrillero está presente en un relato en torno a la ocupación de la ciudad de Pando:

- ¿Qué le dijiste a tu mujer para desaparecer hoy?
- le dije que tenía que tirarme hasta Aiguá por un asunto del viejo.
- ¿y al viejo?
- Al viejo le dije que cerrara el pico, que andaba en un lío de polleras.
- ¿y a tu patrón?
- Que estaba con un problema en una muela, que faltaría por la mañana.
- ¿pensás estar de vuelta a las tres?
- sí todo marcha como debe... ¿Por qué no? (Gilio, 1970, p.109)

El actuar en la ciudad posibilitaba que el guerrillero no se aislara de la población, aun cuando estuviera en la clandestinidad. Lo más complejo en este sentido era la adaptación al terreno, que en la ciudad correspondía al aprendizaje de las medidas de seguridad necesarias, que ayudaban a prevenir los accidentes que los llevara a dejar rastros a la represión. Para el MLN-T “la clandestinidad no es tan heroica como parece y está llena de pequeñas responsabilidades y tareas que parecen insignificantes y tediosas, en la ciudad todo pasa rápido y (pero) los errores se pagan caros” (Marenales, 1997, p.20)

Los sectores rurales eran vistos en 1967, como inútiles para la instalación de un foco guerrillero, sin embargo, podían ser usados como refugio, reclutamiento o para operaciones militares de dispersión y hostigamiento. En este sentido la abundancia de cabezas de ganado posibilita la resolución del problema logístico, mientras que los extensos territorios del latifundio no habitados permitían que se realizaran desplazamientos sin ser detectados. Además en estas zonas las fuerzas militares eran escasas, mientras que la población campesina rebelde era numerosa, debido según el MNL-T, a las precarias condiciones de vidas de estos.

Esta visión cambió en 1971-1972, cuando el MLN-T lleva a cabo el llamado “Plan Tatú”, llamado así el escondite subterráneo con ese nombre. Este plan que se gestó en el Penal de Punta Carretas, fue un intento de guerrilla rural que tenía como objetivo “fortalecer la influencia al interior del país” (Aldrighi, 2012, p.356), es decir, extender el movimiento guerrillero fuera de Montevideo. Además buscaba

debilitar a las fuerzas armadas que habían adquirido experiencia en la lucha urbana. Esta experiencia no tuvo buenos resultados debido a la inexperiencia de los militantes en relación a la vida rural.

3. La acción entre las masas

El MNL-T pensaba que el movimiento sindical era la principal forma de organización de las masas uruguayas. Por esto era necesario ligarse a este movimiento con la idea de llevar a la adscripción de la idea revolucionaria a los trabajadores, que viviendo la experiencia de crisis, habían comenzado a generar dinámicas espontáneas de protesta y rebeldía, pero que se limitaban en la medida que el estado de derecho permitía la existencia de los sindicatos.

El sindicalismo había alcanzado en la década de 1960 su máximo desarrollo a través de la creación de la Convención Nacional de Trabajadores, la primera central unificada de Uruguay. Este movimiento era un potencial agente en una lucha frontal contra el Estado, en la medida que una organización revolucionaria los acompañara a niveles superiores de la lucha de clases. El gran problema al que se enfrentó el MLN-T fue que el movimiento sindical era controlado por sectores reformistas de la izquierda, es decir, por el Partido Comunista. Para el MLN-T, estos grupos llevaban a los trabajadores a luchar por objetivos considerados como transitorios y de un carácter economicista, los vinculaban a fines políticos que no llevaban a los trabajadores a la lucha en contra del sistema de explotación. Así, los partidos reformistas ligaban a los trabajadores con campañas electorales, se mantenían desmovilizados durante meses, fomentaban el espontaneísmo económico, paralizaban los planes de lucha en conjunto y no preparaban a la clase trabajadora para la lucha definitiva en contra del sistema.

La tarea a realizar por el MLN-T consistía en desalojar a las cúpulas burocráticas de las direcciones sindicales, para reemplazarlas por direcciones revolucionarias. Esto no se lograría por medio de declaraciones o teoría, sino que debía realizarse mediante la acción de sindicatos revolucionarios, aguerridos, que logran ejercer presión sobre los sindicatos reformistas, arrastrándolos a la acción, es decir, definirse en apoyo a la acción. Por último, los sindicatos revolucionarios ligados al MLN-T debían proporcionar “cobertura, información medios y hombres para la guerrilla” (Marenales, 1997, p.23) y hacer propaganda de esta, para hacer de los sindicatos, un ambiente favorable a esta.

VII. EL FUNCIONAMIENTO INTERNO DEL MLN-T

En 1965 durante el periodo fundacional del MNL-T se discutieron dos tesis diferentes en relación a la definición de la organización. Por una parte estaban quienes

plantearon la creación de un partido político junto con su aparato armado. Por otra, se planteaba la formación de una organización político militar con un planteamiento estratégico defensivo. Esta última fue la aceptada debido al diagnóstico que veía las condiciones desfavorables que vivía el movimiento popular. El MLN-T se estructuraría como una organización clandestina cuya principal tarea sería la construcción de las condiciones necesarias para el desarrollo de una organización de este tipo.

En 1968 el MLN-T planteaba que su condición de organización político militar dificultaba la comprensión de cuáles eran sus principios generales en materia de organización, el que se identificaba con el concepto leninista de organización. Esto significa la adhesión al centralismo democrático. Este era concebido como un “sistema organizativo que implica una contradicción insoluble entre el centralismo y democracia; contradicción que no es antagónica o no puede serlo porque se da en el seno de una organización revolucionaria o una sociedad socialista. El ideal buscado es el de que haya un equilibrio entre los dos polos de la contradicción, pero en determinadas etapas o momentos históricos se debe producir necesariamente un desequilibrio entre ambos” (Marenales, 1997, p.27). En los momentos en que el MNL-T se encontraba con vida y clandestino, no podía llevar a la práctica la democracia plena, por que ponía en peligro su propia existencia. Por otra parte, la división de las tareas tampoco colaboraba en que se posibilitara la discusión de las acciones. Para el MNL-T este es un elemento relevante, en el sentido que todo aquel que ingresara a la organización, necesariamente debía estar consciente de esta condición y debía aceptarla con disciplina. En este periodo se define el perfil del militante que la organización buscaba. Este debía poseer tres características, capacidad política, que “lo habilite para comprender y a la vez enseñar cual es la situación política del momento y sus soluciones” (Marenales, 1997, p. 29), su entrega a las posibilidades del desarrollo de la lucha, demostrando su voluntad revolucionaria, y por último, su capacidad técnica, que le permitiría llevar a cabo la acción por la cual impondría su ideología. Al parecer, estas condiciones no siempre se cumplieron, especialmente luego del crecimiento acelerado en 1969 luego de la toma de la ciudad de Pando. Incluso en esta acción participaron militantes con pocas capacidades valorables de un buen guerrillero. Nuevamente la publicación de Gilio nos acerca a un testimonio directo. Este refiere a un militante que falleció en el repliegue, última fase de la acción:

Ismael era el más nuevo de los cinco. Había llegado de Cerro Largo hacia seis meses en busca de trabajo. En esta época, toda su cultura política se reducía a una saludable desconfianza por la política y los políticos que conocía de su infancia. Era un buen comienzo. Hoy, a cuatro meses de haber entrado en la organización, era un cuadro de primera. Incansable para el trabajo, sereno en todas las oportunidades, y con una condición que si bien no figuraba en los manuales del buen guerrillero, todos los compañeros estimaban; alegría y buen humor. (Gilio, 1970, p.110)

Durante 1968 el MLN-T comenzó la denominada descentralización de las columnas. Esta reforma, que tuvo como motivo el crecimiento alcanzado por la organización, buscó dar forma a la defensa de la organización frente a la represión, ya que las columnas no caerían todas juntas en caso de una ofensiva generalizada. Este funcionamiento no era ni necesario ni posible en las fases previas del movimiento. El énfasis estaba puesto en la necesidad de que las células del movimiento lograran funcionar con autonomía, con la intención que estas comenzaran a desarrollar sus propias iniciativas que pudieran llevar adelante la lucha en nombre del MNL-T sin la dependencia a la dirección. En este sentido, planteaba que cada una de las células debía estar constantemente en tareas de formación, para cumplir con el perfil que esperaba la organización. Labores de información, por la necesidad de mantenerse alerta frente a la realidad circundante y labores de reclutamiento, ya que si el movimiento no crecía, no tendría posibilidades de prosperar.

Según Aldrighi, las columnas estaban integradas entre “50 y 250 personas...un comando de tres personas y varios subcomandos ejercían la dirección” (Aldrighi, 2012, p.359). Los documentos internos (Marenales, 1997, p.41) muestran en qué consistía la división del trabajo en las columnas: las labores políticas, en las que estaban integrados aquellos militantes que no poseían un encuadre militar o técnico y tenían la labor de la formación, el reclutamiento, el trabajo sindical y en el frente de masas; las labores militares que tenía responsabilidades en la acción misma, en el entrenamiento, en la tenencia y administración de medios de combate; y las labores de servicios, que suministraba los recursos técnicos para la labor militar y la labor política.

Además las columnas poseían un núcleo militar de unos 25 combatientes, quienes debían estar preparados para actuar rápidamente, cuando fuera necesario, para lo cual era necesario un alto grado de especialización militar. Estos grupos serían la base para la creación del Ejército de Liberación Nacional. Aldrighi plantea que estas células no debían relacionarse entre sí por medidas de seguridad y se conectaban por medio de los subcomandos

VIII. CONSIDERACIONES FINALES

Luego de la desarticulación de la organización y la profundización de la crisis política en Uruguay, en junio de 1973 y bajo la excusa de combatir a la subversión, los militares suspenden el funcionamiento del parlamento y las libertades públicas. La posibilidad de la resolución de la crisis por parte del MLN-T fue nula y los militares fueron quienes tuvieron la iniciativa. Esto queda confirmado con el hecho de que el MLN-T no tuvo ninguna participación en la huelga general de 15 días convocada por la Convención Nacional de Trabajadores en oposición a golpe de Estado.

Si bien la dictadura uruguaya no destacó por el mayor número de desaparecidos por motivos políticos en el continente, si destaca por la inmensa cantidad de tor-

turados y presos políticos, los que a mediados de la década de 1970 llegaban a 7.000 personas. La dirección histórica del MLN-T, entre los que destaca Raúl Sendic, permaneció “secuestrada” por los militares durante 13 años aproximadamente, aislados del resto de los presos políticos, con la intención de alterar su salud mental debido a las extremas condiciones de aislamiento a las que fueron sometidos. Al ser liberados en 1985, en medio de una temprana transición pactada, plantearon que el contexto había cambiado. Ya no se encontraban en un sistema político y económico en crisis, sino que estaban frente a un nuevo ciclo, con nuevas características. Así, luego de múltiples discusiones y disputas, deciden dejar las armas de lado y se insertaron en el nuevo sistema político. Esto estaría justificado por la necesidad de no aislarse de la población. La nueva democracia neoliberal, hacía necesario que el MLN-T se refundara con la intención de realizar reformas al modelo desde dentro. Paralelo a esto buscaron revertir las leyes de amnistía que borraban la existencia de las violaciones a los derechos humanos cometidas por los militares.

Resulta relevante constatar que si bien el MLN-T sufrió una tremenda derrota militar, pareciera ser que políticamente su derrota fue solo momentánea. El apoyo social que consiguieron, produjo en el largo plazo un respaldo político de importantes proporciones hacia buena parte de sus dirigentes históricos. No es menor el hecho de que el actual presidente de Uruguay, José Mujica, y la coalición a la que pertenece, el Frente Amplio, poseen una continuidad con la dirección histórica del MLN-T, y su participación en la política formal, es producto de las reflexiones y autocríticas realizadas por el MLN-T luego de su derrota en las décadas estudiadas. Aquello es relevante al momento de pensar en los orígenes rupturistas de la organización, propios de una amplia gama de organizaciones de la década de 1960.

Esta organización, debido a su fundamento político de ganar población, logró crear afinidad y simpatía en amplios sectores sociales, que se vieron representados por su ideario y sus diversas acciones directas situadas en un contexto de agotamiento de un modelo político, económico y social, en el cual representaron una alternativa popular. Su viraje hacia la lucha electoral no era posible en la inmediatez de la derrota, sino que fue producto de la incapacidad de oposición a diez años de dictadura militar y una transición negociada, marcada en gran medida por la impunidad de los militares. En la actualidad los ex militantes del MLN-T, si bien se plantean como sujetos insertos en la política formal, no rechazan de plano el uso de las armas para defender la democracia y los derechos sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldrighi, C. (2012). *El movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (1965-1975). Estructura interna, fases de desarrollo y política de alianzas*. En Pérez, C. et al, *Historia oral e Historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960.1990* (pp. 349- 383). Santiago: Lom.

- Ángel, A. (1997). *La izquierda en Latino América desde 1920*. En Bethell, L., *Historia de América Latina, tomo XII "Política y Sociedad desde 1930"*, (pp.73-131). Barcelona: Crítica.
- Cabrera, J. P. (2007). *Trajetória do Movimento de libertação Nacional-Tupamaros-, 1962-1973: algumas questões de identidade e poder*. En Revista Estudos Ibero-Americanos (Nº2), pp. 156-171. Versión digital disponible en: <http://revistaseletronicas.pucrs.br/ojs/index.php/iberoamericana/article/view/2397/1874>. Revisada el 18/01/2013.
- Castañeda, J. (1993). *La utopía desarmada, intrigas dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Ariel.
- Debray, R. (2001). *¿Revolución en la revolución?* En Revista Lucha Armada en la Argentina (nº1), pp. 122-144. Versión digital disponible en: <http://www.ejercitarlamemoria.com.ar/lucha/lan1.pdf>. Revisada el día 18/01/2013.
- Finch, H. (1998). *Uruguay 1930 c.1990*. En Bethell, L. (ed.), *Historia de América Latina. 15. El cono sur desde 1930* (pp. 156-186). Barcelona: Crítica.
- Gilio, María (1970). *La guerrilla tupamara*. Buenos Aires: Editorial De la Flor.
- Goicovic, I. (2005) *El internacionalismo proletario en el Cono Sur. La junta de Coordinadora Revolucionaria, un proyecto inconcluso*. Versión digital disponible en: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0007.pdf. Revisada el 04/06/12.
- Guevara, E. (1959). *¿Qué es un guerrillero?* Versión digital disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/guevara/59-quees.htm> Revisada el día 18/01/2013.
- Guillen, A. y Hodges, D. (1977) *Revalorización de la Guerrilla Urbana*. México: Editorial El Caballito. Versión digital disponible en: <http://leomera.noblogs.org/files/2010/08/Sin-t%C3%ADtulo-1.pdf> Revisada el día 18/01/2012.
- Marchesi, A. (2008). *Geografías de la protesta armada, Guerra Fría, la nueva izquierda y el activismo transnacional en el cono sur, ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria. (1972-1977)*. Versión digital en: <http://www.cedema.org/uploads/Marchesi.pdf> Revisada el día 09/07/2012.
- Marighela, C. (1969). *Mini manual del guerrillero urbano*. Versión digital en: <http://www.marxists.org/espanol/marigh/obras/mini.htm> Revisada el día 18/01/2013
- Marenales, J. (1997). *Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros. Hacia una transformación construyendo un nuevo tejido social*. Versión digital disponible en: <http://es.scribd.com/doc/12816838/Tupamaros-Movimiento-de-Liberacion-Nacional> Revisado el día 06/07/12.

- Peirano, A. (2009). *Revolución y lucha armada: ¿una relación necesaria? El Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y el Movimiento de Izquierda revolucionaria en sus inicios (1965-1973)*. En Revista Encuentros Latinoamericanos (año III, N°9), pp. 96-120. Versión digital disponible en: http://www.cedema.org/uploads/Peirano_Iglesias-2009.pdf Revisada el día 18/01/2013.
- Pinto, J. (2005). *Hacer la revolución en Chile*. En Pinto, J et al., *Cuando Hicimos Historia* (pp. 9-56). Santiago: Lom.
- Torres, O. (2012). *Democracia y Lucha Armada, MIR y MLN-Tupamaros*. Santiago: Editorial Pehuén.